

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.

Condiciones.—El pago se hará en adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

El problema del Riff

Los telegramas de Melilla que venimos publicando corroboran que los rifeños convencidos de su impotencia para luchar con el aguerrido y poderoso ejército español, siguen realizando actos de sumisión de tanta importancia, que pueden considerarse sometidas a España la mayoría de kábilas, figurando entre ellas las más significativas jefes de las mismas.

El Sultán Muley Hafid que en los comienzos de la guerra se presentaba en actitud dudosa, al percibirse de la fuerza y poderío de nuestra nación cambió de táctica y púsose al lado de los españoles favoreciendo la labor de nuestras sufridas tropas.

Los duros castigos que nuestras armas victoriosas impusieron á los rifeños, sumado al proceder actual del Emperador de Marruecos y de sus súbditos del Riff hacen suponer que la paz por ahora está asegurada en aquellos agrestes territorios.

Toca pues, en los momentos presentes, al Gobierno español, aprovechar las favorables circunstancias para afirmar nuestras posiciones conquistadas.

La expansión natural de España, marcando nuestros destinos en el Imperio de Marruecos y á ella se debe ir, sin recelos ni vacilaciones, con ó sin anuencia del sultán.

Las potencias sin exposición alguna apoyan y aprueban el proyecto de nuestra nación en aquellas tierras salvajes; y la aprueban porque nuestros hombres de Estado, no se extralimitan en sus gestiones de lo pactado en el acta de Algeciras.

La política de atracción que se está poniendo en práctica tiene dando los apetecidos resultados y es seguro que cuando los rifeños se den estrecha cuenta de lo que significa para ellos una vida de paz, de trabajo y de prosperidad, tan opuesta á la errante y llena de miserias que hoy arrastran, se pongan abiertamente del lado de sus protectores y entonces habrá llegado la ocasión de que España cumpla abiertamente, la misión que su situación geográfica permite.

La labor será larga para que se pueda efectuar en bien de la patria y á ella irá sin vacilaciones el Gobierno que hoy dirige nuestros destinos.

VOLTEJEANDO

Sentí llanto, suspiros y rezos. La tarde moría

y por alba cortina de encaje el sol débilmente su lumbre cernía. Desgranaba sus rítmicas notas el ave poeta,

y la esquila de iglesia cercana con místicas voces llamaba al aceta. Mariposa de vuelo inconstante rondaba mi techo,

y la luz vaciante desgranaba su espectro gigante pintaba en el techo.

Como asciende la nube de aromas mi alma subía,

distendiendo la cuerda vibrante, hillo sonoro que al cuerpo te unía. Volteaba su rambó en lo hondo un mundo mezuquino,

arrastrando por órbita extraña con rudos vaivenes su triste destino. En lo alto fulgentes destellos, chispazos, centellas,

llamaradas de ardientes colores, brillar de luceros y lluvia de estruendos. Restallar de cantares y besos, suaves arrullos,

y del santo gozar de las almas, los dulces, los vagos, los ledos marmuridos.

Ya volaba feliz á mi encuentro un alma perdida;

ya encontraba mi espíritu errante la dicha soñada, la patria perdida. ¡Ah! ¿Por qué con sañuda crudeza cortaron mi vuelo?

¡Es tan triste soñar que se goza y, enfermo y cansado, mirarse en el espejo!

Como gota de lluvia mi alma veloz descendía,

pues cobraban la cuerda vibrante, hillo sonoro que al cuerpo te unía Sentí llanto, suspiros y rezos. ¡Salvado, Dios mío!

¡Y al sentir sus caricias ardientes, la pobre alma mía temblaba de frío!

Emma Calderón y de Gálvez, Cádiz 1909.

DE SOCIEDAD

Procedente de Palma de Mallorca ha regresado á esta población nuestro querido amigo y paisano, el contador de navío D. Antonio Ceardá.

Ha salido para Alcantarilla nuestro querido y distinguido amigo el coronel jefe de la Comandancia de Artillería del esta plaza D. Enrique Sánchez Bernal.

Con motivo de las vacaciones de

Navidad ha regresado á esta Ciudad el joven alumno cartagenero de la Escuela de Ingenieros de Minas don Juan Aparicio Romero

Ha sido pedida la mano de la bellísima y elegante señorita Rosarito Lizana para nuestra querido amigo el señor de navío D. Nidofo Fontenla.

Para este acto han venido de Ferrerol los padres del novio.

La boda se celebrará en breve. Felicitamos á los futuros esposos

CUENTO DEL SABADO

La mujer y las rosas

En un apartado rincón del jardín había dos rosales distintos, y en cada rosa había una rosa abierta.

Era la una roja como una llama. Era la otra pálida como un lucero. Aquella, pomposa y hueca, de penetrante aroma. Esta, de grandes hojas levemente azadas, de suave perfume.

Si un beso pudiera cuajarse en la boca de aquella rosa, que se parecía á tí, es mi ilusión para morir contenta. ¿Y quieres, rosa gorda que te descubra todo mi ensueño?

¿Por qué no? Me río con tu simpleza inocente.

Pues oye: quisiera yo... ¡ay!, cómo podría ser esta ventura—quisiera yo, como ya te he dicho, reposar un rato en tu seno.

Un ajecillo indiscreto y liviano besaba, recogía al besarla su chachara sabrosa: que de una en otra iba llevándoles por el jardín á todas las flores.

La rosa pálida decía: —Hasta ahora hemos hablado no más que de nuestra vida, que es bien breve; de la luz del sol, á cuya caridosa salvación muchas hojas del bienhechor rocío de la mañana; de la primavera en que vivimos; de las mariposas que nos llevan la miel; de las blancas manos que nos cuidan, que parecen dos de ellas. De nuestra vida, en fin. ¿Quieres, que hablemos también de nuestra muerte?

Y la rosa encendida le replicó: —Torpe se me figura hablar de la muerte cuando se puede hablar de la vida y gozar de ella; pero, pues tú lo deseas así, hablemos también de la muerte. Dime: ¿cómo quisieras tú morir?

—¡Oh! ¡Si yo muriese como quisiera! ¿Qué dulce muerte! Yo daría este aroma que me hace tan preciosa, á trueque de dormir el último de nuestra amita, la de los ojos negros, la de las manos blancas y suaves.

La rosa gorda rió de oír á su compañera, con risa de burla y menosprecio. Y luego dijo: —En el seno de nuestra amita... ¡Menguado ideal! Junto á los encantos que ella tiene, ¿qué poder valdrían sus encantos!

—Siempre fuiste más presumida que yo. ¿Qué me importa lucir, próxima á la muerte? Para lucir, tengo mi bello ahora; para morir, quiero luego aquel lecho. ¿Quieres mecarme cuando supiere ella; temblar con su gozo cuando ella; estremecerme de placer cuando corra jugando por los senderos del jardín.

—Te deshojarías, neciamente, y deshecha ya, ella misma te arrojaría al fin en cualquier parte.

—Y si al arrojarme lejos de mí me daba un beso? Desde que vivo, este beso de aquella boca, que se parece á tí, es mi ilusión para morir contenta. ¿Y quieres, rosa gorda que te descubra todo mi ensueño?

¿Por qué no? Me río con tu simpleza inocente.

Pues oye: quisiera yo... ¡ay!, cómo podría ser esta ventura—quisiera yo, como ya te he dicho, reposar un rato en tu seno.

Un ajecillo indiscreto y liviano besaba, recogía al besarla su chachara sabrosa: que de una en otra iba llevándoles por el jardín á todas las flores.

La rosa pálida decía: —Hasta ahora hemos hablado no más que de nuestra vida, que es bien breve; de la luz del sol, á cuya caridosa salvación muchas hojas del bienhechor rocío de la mañana; de la primavera en que vivimos; de las mariposas que nos llevan la miel; de las blancas manos que nos cuidan, que parecen dos de ellas. De nuestra vida, en fin. ¿Quieres, que hablemos también de nuestra muerte?

Y la rosa encendida le replicó: —Torpe se me figura hablar de la muerte cuando se puede hablar de la vida y gozar de ella; pero, pues tú lo deseas así, hablemos también de la muerte. Dime: ¿cómo quisieras tú morir?

—Calla, calla, que no hay paciencia para oír mucho tiempo tamañas tonterías. ¿Qué muerte ambicionas más simple, más miserable y más obscuro! ¿Ni siquiera has pensado una vez morir en un jarro de oro y cristal, en los brillantes salones de esta casa, admirando á todos? ¿No te has ilusionado jamás la idea de que nuestra amita, la de las blancas manos, te regale por dicha á un caballero de su más grande predilección, y el caballero, con orgullo y cariño, como quien conserva y guarda un tesoro, te guarde y te conserve á tí?

—No tropiezas la inípida muerte—que acaes de pintarme, por la gloria de vivir tus últimos momentos sobre la mesa de un poeta lleno de juventud y entusiasmo, que creara el amor y la vida? Te digo, hermano, que estoy muy lejos de partir contigo el ideal de nuestra muerte.

Aquí llegaban en su coloquio las dos rosas, cuando apagó sus voces una risa fresca y juvenil, y surgió como por encanto ante ellas la gentil figura de su amiga.

—¿De palleque, verdad?—preguntó con malicia graciosa. No se atrevieron á negarlo.

—De palleque, sí.

—¿Y cuál de las dos es la que sueña con morir en mi seno?

—Yo soy dueña y señora mía—respondió temblando, como si el viento la azotara, la rosa de las hojas pálidas.

—Y tú, en cambio, ¿desafías mi pecho, mis caricias, el soplo de mi aliento, el calor que yo habia de darte? ¿Verdad, rosa encendida?

—Deshecha, no; he dicho—respondió la flor estallando de orgullo—que, pues, he de morir, hallo otras muertes preferibles.

La dulce amita, entonces, la de los ojos negros, miró á la rosa pálida, con ternura infinita, suprema; besó sus pétalos delicados, aspiró con deleite su exquisito perfume, y con sus manos blancas y suaves cortó del tallo en que se mecía la rosa encendida, y la prendió en su pecho.

—Ella la rosa pálida como un lucero brillaba en unas gotitas cristalinas, que se gran roto que cayó del cielo, sino lágrimas que brotaron de ella. De la rosa roja como una llama se desprendió una hoja, que en la obrada arena del jardín pateaba una gota de sangre.

El ajecillo indiscreto y liviano volvió sus alas y voló rápido por doquiera, refiriendo á las otras flores á extrañas aventuras.

S. y J. Algorres Quinteros.

Los Premios Nobel

Según las informaciones de la prensa extranjera han sido adjudicados los premios Nobel correspondientes al presente año.

El premio de Literatura se ha concedido á Mlle. Selma Lagerlöf escritora sueca.

El premio de Química al profesor Wilhelm Ostwald, alemán profesor hasta hace poco tiempo en la Universidad de Leipzig.

El premio de Medicina al profesor Theodor Kocher, suizo residente en Berna.

El premio de Física ha sido repartido entre M. Marconi, italiano, inventor de la telegrafía sin hilos, y el profesor alemán Ferdinand Braun, de la Universidad de Strasburgo.

Y el premio de la Paz ha sido también repartido entre Mr. Auguste Beernaert, antiguo presidente del Consejo de ministros de Bélgica y Mr. Estournelles de Constant, actual senador francés.

NOTAS ALEGRES

Actualidades

Por fin parece que se va arreglando la cuestión de espectáculos para las fiestas que se avecinan.

Tras del intento, fracasado por desgracia, de presentar en el Teatro Principal la compañía de ópera italiana del Sr. Giovanini, parece que el activo empresario de dicho coliseo Sr. Búyolo está en tratos con la compañía dramática que dirige el primer actor D. Felipe Vaz.

Si la noticia resulta cierta, y la citada compañía viene al coliseo de la plaza del Rey podemos darnos por satisfechos y conformarnos en parte de la falta de Ópera italiana.

Como ío revuelto, pero no con ganancia de pescadores, está la cuestión política.

Unos dicen que el alcalde señor Jorquera ha presentado la dimisión de su cargo, otros que no; varios designan algunos de los concejales recientemente elegidos para ocupar la

—¡Dichosa si solo el agua de tu atención fuera objeto!
—¿Pues qué otra causa?
—El amor.
—¿Amor?...
—Que en tus ojos leo, y en el carmín que imprudente ya sus mejillas tiñendo. No, no te disimulas, que Amor, como niño y ciego; ni entiendo de disimulos ni sabe ocultar su afecto. Y sí, dime, regala, y acorta el paso un momento: ¿qué ves bajo aquellos olmos que sombrean corpulentos el camino de la fuente?
—¡Es él!

—¿Es él? ¡vive el cielo que esa exclamación arranca lo que ocultas en el pecho! El es, y Dios quiera nunca te desengañe á tiempo.
—¡Desengañarme...
—Si tal; que por tu inocencia tiemblo, y un bien hacerle procuro.

—¿Bien decía?
—De mucho pecho.
—Os burláis.
—Muy mal me juzgas.
—¿Qué bien es ese?
—Un consejo.
—¡Rico don!
—El más hermoso, que puede ofrecerte un viejo cuya cabaza blanca sea la aleva de ochenta inviernos.
—Sepámoste pues.
—Escucha, y siempre presente tenlo: No te enamores zagala, de moñito forastero; que en volviendo las espaldas si te he visto, no me acuerdo.

III
—Zagala, la más hermosa que estos verdes prados vieron; la de la tez nacarada, la de los ojos de cielo, ¿dónde vas, zagalica,

—Miseria de mí; el ingrato huyó por siempre! No puedo ocultar mi desventura; escarnio será del pueblo.
—Harto deploro, zagala, que sigieras mi consejo.
—¿Quién mitigará mi pena?
—El desengaño y el tiempo, que son de nuestra existencia los amigos verdaderos. De ellos aprendí zagala, y ellos me inclinaron, ellos á advertirme no fiaras en el galán forastero; que en volviendo las espaldas, si te he visto, no me acuerdo.

Ricardo Caballero.
1880.

UNO DE TANTOS

No te enamores mi niña de moñito forastero, que en volviendo las espaldas si te he visto no me acuerdo.
—Zagala de lindo talle, la de los rubios cabellos, la de la tez nacarada, la de los ojos de cielo, ¿dónde vas, zagalica, donde por estos senderos?
—Caballero, que á mi paso sales galán y resuelto; bajo á la fuente del valle, que su agua en cántabamos, por ser más fresca, más dulce, más clara que la del pueblo.
—Pero, tan sola!